

—¿Cómo puedes amar esos monstruos?  
 —Los amo por ellos mismos, y no por mí. ¡Tú recogerías del camino un perro lleno de sarna!

Él protestó:

—¡Un perro no es un hombre!

—¿Aliviar por el placer de aliviar no vale nada? Es triste que no se enmienden, porque disminuiría su miseria; pero cuando ellos han comido y bebido algo caliente, esto me basta y ya estoy contenta. ¡Siempre resulta un dolor menos! ¿Por qué quieres que ellos nos recompensen de lo que hacemos en beneficio suyo?

Y luego concluyó con tristeza:

—¡Pobre amigo mío! Veo que eso no te divierte, y vale más que no vuelvas á ayudarme. ¡No tengo deseo de perturbar tu corazón y de hacerte más desventurado que ya eres!

Lázaro huía, y ella quedaba desolada.

Cuando Paulina lo veía tan nervioso, no podía creer en los únicos estragos del mal que él no confesaba, sino que imaginaba otros motivos de tristeza, y el pensamiento en Luisa la asaltaba súbitamente.

¡Él quizás pensaba siempre en aquella muchacha! ¡Él la echaba de menos con pesar! ¡Él sentía el sufrimiento de no verla!

Y entonces se quedaba fría, y apelaba al orgullo de su abnegación, y juraba otra vez esparcir la alegría con su propia alegría, para bastar á la dicha de todos.

\* \* \*

Un día Lázaro tuvo una frase cruel.

—¡Qué soledad hay aquí!—dijo bostezando.

Ella le miró.

¿Era aquella frase una alusión?

¡Pero no tuvo suficiente valor para interrogarle de un modo franco!.... ¡Y su bondad luchaba, y su vida se convertía en tortura!

Otra sacudida aguardaba á Lázaro: el perro iba cada vez peor.

El pobre animal tenía más de catorce años, y le flaqueaban mucho las patas traseras; cuando le acometían las crisis dolorosas, no podía andar y se echaba en el patio al sol, mirando con ojos melancólicos á las gentes que salían de la casa.

¡Sus ojos tristes precisamente hacían daño á Lázaro! Eran ojos turbios, apagados, oscurecidos por una nubecilla azulada tan vaga como la de los ojos de un ciego; y sin embargo, veía todavía, y se arrastraba para ir á apoyar su cabeza sobre las rodillas de su amo, mirándole fijamente.

Todos sus juegos habían concluido: ya no rodaba sobre la espalda, ni daba vueltas para morderse la cola, ni sentía accesos de ternura por los hijuelos de la Minucha, cuando la doméstica iba á arrojarlos al mar.

Ahora pasaba los días en somnolencia de viejo postrado, y experimentaba tanta pena al ponerse de pie, que muchas veces cualquiera de la casa, observándole con lástima, le ayudaba, le sostenía unos minutos para hacerle caminar fácilmente.

Se llamó á un veterinario, que rompió á reír en viéndole. ¿Por qué incomodarse por aquel viejo perro? ¡Lo mejor era matarle! Bueno que se trate de prolongar la existencia del hombre, pero ¿á qué conducía dejar sufrir á una bestia sentenciada á muerte por su edad?

Naturalmente, se puso al veterinario en la calle, y se le dieron antes seis francos por su consulta.

Un sábado Mateo se puso á morir, y el doctor Cazenove, que había llegado temprano, ofreció á Lázaro ir á ver al perro, como si se tratase de una persona de la familia, y le encontraron echado, con la cabeza levantada y el ojo vivo todavía.

El médico lo examinó lentamente, con la preocupación reflexiva que le embargaba á la cabecera del lecho de un enfermo, y dijo:

—Una degeneración cancerosa en los riñones.... Está perdido, aunque podrá tirar algunos días.

El estado desesperado de Mateo entristeció la comida, porque todos recordaban lo que le había querido la señora Chanteau; mas á los postres, cuando el cura Horteur sacó la pipa, renació la alegría, y más al oírle dar excelentes noticias de los perales de su huerto, que en aquel año prometían soberbio fruto.

Chanteau, á pesar de los picotazos sordos que sentía, mensajeros de un ataque próximo, cantó una balada de su edad juvenil; la sobremesa fué encantadora; Lázaro mismo pensó en alegrarse.

Mas á eso de las nueve, al servir el té, Paulina gritó de repente:

—¡Mateo! ¡ahí está el pobre Mateo!

En efecto, Mateo, vacilando sobre sus patas, echando sangre, se deslizaba por el comedor, delante de Verónica que le perseguía con una rodilla, gritando:

—¡Se ha escapado de la cochera! Como que quiere estar con vos hasta el fin.... ¡No hay medio de levantar una pierna sin tenerlo bajo las faldas! ¡Vamos, animal, que no puedes quedar aquí!

El perro bajaba su cabeza temblorosa y miraba con dulce tristeza.

—¡Oh! ¡déjale!—suplicó Paulina.

Pero la criada se incomodó.

—¡Eso es! ¡déjale!..... Ya tengo bastante con limpiar la sangre que ha dejado por el camino. ¡Hacedos días que mi cocina está asquerosa! ¡Esto es repulsivo! ¿Quieres hacer lo mismo en el comedor, animal? ¡Vamos! ¡Hupp! ¿Quieres despacharte?

—Déjale—repitió Lázaro.—¡Vete!

Entonces, mientras Verónica cerraba furiosamente la puerta, Mateo, como si hubiese comprendido la escena, fué á apoyar su cabeza sobre las rodillas de su amo.

Todos quisieron festejarle, regalarle azúcar, excitarle un poco; mas el pobre animal apenas veía los terroncitos que ponían á su alcance en la mesa, meneaba la cola, daba una vuelta con temblor, chocaba contra la silla de Paulina.....

Chanteau ya no cantaba, sobrecogido como los otros con el espectáculo de Mateo moribundo, que hacía recordar al Mateo glotón y alegre de otros tiempos.

—No le fatiguéis—dijo dulcemente el Doctor— porque se le mataría.

El Cura, que fumaba en silencio su pipa, dijo luego, para explicar acaso su emoción:

—¡Diríase que estos perros viejos son hombres!

A las diez, cuando el Doctor y el Cura se retiraron, Lázaro fué á encerrar á Mateo en la cochera: acostólo en paja fresca, llenó de agua la vasija, y quiso retirarse; mas el perro, con penoso esfuerzo, levantóse y le seguía.

Tres veces tuvo necesidad de acostarlo, hasta que el animal se sometió, mirando con tanta tristeza cómo se alejaba el joven, que éste, conmovido, volvió de nuevo á abrazarle.

Lázaro procuró leer hasta media noche, y luego, anhelando el sueño, acostóse; pero no pudo cerrar los párpados: la imagen de Mateo no le abandonaba.

Veíalo sobre su lecho de paja, con la mirada indecisa dirigida hacia la puerta. ¡Mañana el perro estaría muerto!

Y en cada minuto se levantaba, escuchaba, creyendo haber sentido aullidos en el patio, porque parecía que estaba siempre en acecho de rumores imaginarios.

A eso de las dos le hicieron saltar del lecho algunos gemidos. ¿Quién lloraba? Salió al pasillo: la casa estaba oscura y silenciosa; ni el menor soplo salía del cuarto de Paulina.

Y entonces, no pudiendo contenerse, bajó á ver

al perro, sin más que ponerse rápidamente el pantalón y encender la bujía.

Mateo no estaba en la cama de paja, porque había preferido arrastrarse á alguna distancia sobre tierra blanda, y cuando vió entrar á su amo apenas tuvo fuerzas para levantar la cabeza.

Lázaro, después de dejar la palmatoria en el suelo, extrañóse del color negruzco de la tierra, y con el corazón desfallecido observó que el perro agonizaba en un charco de sangre: escapábasele la vida al pobre animal, que meneaba débilmente la cola, y cuyos ojos resplandecían aún con tenues fulgores.

—¡Ah, mi pobre perro! ¡pobre perro mío!—exclamó.

Y hablándole alto, como si el animal entendiese, le decía:

—Espera, que voy á cambiarte de sitio..... No, así te haces daño..... ¡Pero si estás mojado! ¡Y yo que no he traído una esponja! ¿Quieres beber?

Mateo seguía mirándole fijamente, y poco á poco el estertor agitó sus costados.

Entonces se movió la paja con leve ruido: era Minucha, la gata, que se había acostado en el lecho dispuesto para Mateo, y que se despertó con la luz.

—¿Quieres beber? ¡pobre perro, viejo mío!—repetía Lázaro.

Allí encontró una rodilla, la empapó en el agua de la vasija y la puso como si fuera una compresa en el cuello del moribundo animal, quien manifestó aliviarse.

—Pero ¿qué es eso, qué es eso?—dijo de pronto.

—¿Es que quieres levantarte?

Mateo, efectivamente, sacudido por estremecimientos, hacía esfuerzos para levantarse; estiraba sus miembros, y sus boqueadas y el aliento que le salía de los costados le hacían erguir el cuello.

Era que se acercaba el fin: cayó desplomado entre las piernas de su amo, de quien no apartaba la vista, procurando mirarle bajo sus párpados medio caídos.

Lázaro, subyugado por la mirada inteligente del moribundo, lo conservó entre sus piernas, y aquel largo cuerpo, tan pesado como el de un hombre, tuvo una agonía humana.

Esto duró algunos minutos.

Luego Lázaro vió verdaderas lágrimas, gruesas lágrimas que salían de los turbios ojos de la bestia, mientras la lengua salía también de las fauces convulsas, como para una postrera caricia: el perro lloraba y le lamía la mano.

—¡Mi pobre viejo Totó!—gritó el joven, rompiendo en sollozos.

Mateo había espirado; una espuma sanguinolenta fluía de su boca, y cuando se estiró el animal sobre el suelo parecía dormido.

Entonces Lázaro conoció que todo acababa una vez más; su perro moría ahora, y esta muerte era para él un dolor desproporcionado, un desengaño que hacía zozobrar su vida entera.

Porque aquella muerte le despertaba el recuerdo de las otras muertes, y su desfallecimiento no había sido más cruel cuando atravesó por el patio detrás del féretro de su madre.

¡Algo de ella misma se iba ahora en el pobre perro! ¡Algo de ella acababa de perder para siempre!

Los meses de dolor oculto reaparecían; sus noches turbadas por lúgubres pesadillas, sus paseos al cementerio de la aldea, su espantoso miedo ante la eternidad del no ser, de no vivir.

Sintióse un rumorcillo; Lázaro se volvió y vió á Minucha, sentada en la paja, lamiéndose el vientre.

Y casi al mismo tiempo la puerta se abrió, y Paulina entraba en la cochera con la misma preocupación que su primo, inquieta por haber observado que el cuarto del joven estaba abierto.

Cuando él la vió, su llanto fué más recio, y gritó él, que ocultaba el dolor de su madre con una especie de púdico salvajismo:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Ella le quería tanto! ¿Te acuerdas, Paulina? Lo acogió siendo pequeñito; le daba de comer, y él la seguía incesante por toda la casa.....

Luego añadió:

—¡Ah! ¡ya no queda nadie! ¡Estamos demasiado solos!

Lágrimas de pena subieron á los ojos de Paulina.

Ella se había inclinado para ver al pobre Mateo con el fulgor de la bujía, y sin que intentase consolar á su primo, hizo un ademán de desaliento.

¡Ella se reconocía por inútil é impotente en la casa!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

6